

LIBROS

70

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2021

Nancy Farriss

• LENGUAS DE FUEGO EN LA
EVANGELIZACIÓN DE MÉXICO
(SIGLOS XVI-XVIII)

Carlos Manuel Álvarez

• FALSA GUERRA

Juan Manuel Torres

• OBRAS COMPLETAS.
TOMO I. CUENTOS Y RELATOS

Danubio Torres Fierro

• CONTRAPUNTOS. MEDIO SIGLO DE
LITERATURA HISPANOAMERICANA

LIBRO DEL MES

Benjamin T. Smith

• THE DOPE. THE REAL HISTORY OF THE
MEXICAN DRUG TRADE

HISTORIA

Los evangelizadores indios



Nancy Farriss
LENGUAS DE FUEGO
EN LA EVANGELIZACIÓN
DE MÉXICO (SIGLOS
XVI-XVIII)

Traducción de María
Palomar
Zamora, El Colegio de
Michoacán/El Colegio
de México/University of
Pennsylvania, 2020,
420 pp.

JUAN PEDRO VIQUEIRA

Todos los historiadores que han abordado el estudio de la evangelización de los indios de la Nueva España han tenido que dedicar muchas páginas al problema de la traducción de los principales dogmas del catolicismo a las lenguas mesoamericanas. Pero, hasta donde sé, *Lenguas de fuego en la evangelización de México (siglos XVI-XVIII)*, de Nancy Farriss, magníficamente traducido al español, es el primer libro que se propone dar cuenta sistemáticamente de todas las formas en que los religiosos intentaron salvar la brecha lingüística que los separaba de los naturales.

El resultado más notable de esta obra es que el centro de atención se desplaza de los frailes evangelizadores hacia sus auxiliares indios, cuya contribución había sido a menudo menospreciada. Este giro recuerda al que se ha producido en los estudios sobre la conquista militar, que recalcan cada vez más el papel fundamental de las tropas indias, al extremo de ver la conquista española como un último episodio de las guerras mesoamericanas. La gran diferencia entre los auxiliares militares y los colaboradores de los frailes radica en que los habitantes de estas tierras sabían combatir desde tiempos muy remotos, mientras que nunca habían hecho proselitismo religioso, lo que les exigió un inmenso esfuerzo creativo.

Estos colaboradores fueron muy diversos. Entre ellos, se cuentan los naturales que aprendieron rápidamente el castellano y pudieron servir de intérpretes a los primeros evangelizadores. Muchos niños educados por los frailes desempeñaron un papel nada desdeñable al enseñarles a estos sus lenguas maternas. Años después, varios de estos alumnos llegaron a dominar no solo el castellano, sino también el latín y se convirtieron en unos ayudantes imprescindibles en la elaboración de diccionarios bilingües (“vocabularios”), gramáticas (“artes de la lengua”), sermonarios y confesionarios. Por lo general, estos eruditos indios eran más cabalmente bilingües que la mayoría de los religiosos, a tal grado que deberíamos considerarlos por lo menos como coautores de dichas obras. De hecho, varios de ellos llegaron a trabajar por cuenta propia e hicieron traducciones de textos devotos, cuyos manuscritos circulaban entre las élites indias. Otros fueron más allá y pusieron sus habilidades al servicio de las

tradiciones prehispánicas. Gracias a ellos, podemos disfrutar hoy en día, por ejemplo, del *Popol-Vuh* o de los *Chilam Balam*.

Finalmente, a lo largo de tres siglos, los auxiliares indios de los párrocos, en especial los fiscales, desempeñaron un papel crucial no solo en la vida religiosa de los pueblos, sino en las luchas internas por el poder. Además de llevar los libros de bautizo, matrimonio y defunción de la parroquia, enseñaban el catecismo a los niños. Esta última responsabilidad los hizo a menudo difusores de creencias poco ortodoxas.

No por resaltar el papel de estos indios, Nancy Farriss les resta méritos a los frailes evangelizadores, solo que sus indudables logros lingüísticos dejan de aparecer como milagrosos. Muchos de los diccionarios bilingües de lenguas mesoamericanas se adelantaron a la elaboración de diccionarios en lenguas europeas, con la única excepción del castellano. Aunque al principio los frailes se inspiraron en la gramática latina de Nebrija, no tardaron en darse cuenta de que las lenguas mesoamericanas no cabían en ese molde. Como lo han señalado acertadamente Rosa Lucas y Cristina Monzón para el caso del purépecha, se vieron en la necesidad de forjar conceptos novedosos que los lingüistas europeos descubrirán hasta fines del siglo XIX.

Farriss se detiene también a señalar los casos de religiosos que, fascinados por la cultura de sus nuevos feligreses, elaboraron grandes sumas de sus tradiciones, creencias e historias. A pesar de que justificaron esos trabajos alegando que eran necesarios para erradicar las idolatrías, es obvio que tal propósito no requería de indagaciones tan extensas y profundas.

En la última parte de su obra, Farriss, siguiendo las enseñanzas de Mijaíl Bajtín, nos recuerda que gran parte de la información que se transmite oralmente o por escrito no se encuentra en las palabras que se utilizan, sino en el conocimiento compartido que dota de sentido a los enunciados. Así, el problema de la traducción no se reduce a una cuestión estrictamente lingüística que pueda resolverse con diccionarios bilingües y con gramáticas, sino que supone la transmisión de todo un universo cultural. Ese será el mayor reto de los evangelizadores. ¿Cómo hacer comprensibles a los naturales los conceptos más abstractos del catolicismo, que son el resultado de siglos de arduos debates teológicos? ¿Cómo lograr, por ejemplo, que asimilaran la idea de un único Dios todopoderoso que resultaba totalmente ajena a las creencias prehispánicas, cuando además los frailes se obstinaban en explicar el misterio de la Santa Trinidad y fomentaban el culto a la Virgen y a los santos?

Los religiosos enfrentaron un problema similar al plantear la oposición entre un dios todobondadoso y un demonio causa de todos los males terrenales, cuando los dioses mesoamericanos tenían un doble rostro, protector y maléfico, por lo que había que congraciarse constantemente con ellos llevándoles valiosas ofrendas.

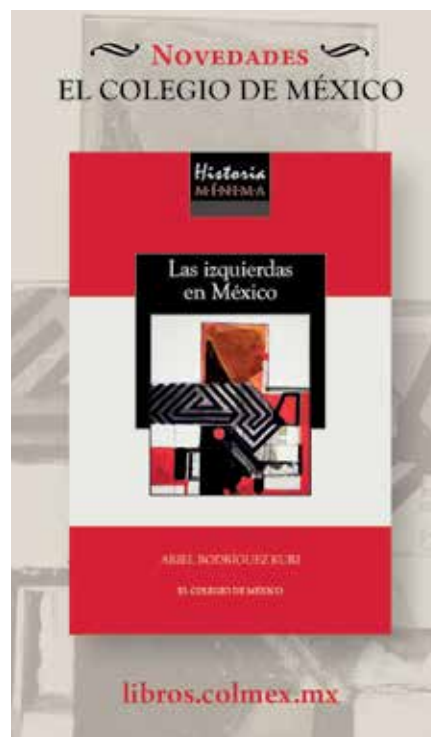
La noción del pecado como algo diferente a una falta hacia nosotros semejantes o, incluso, la idea de que algunos pensamientos podían considerarse pecaminosos no tenía mucho sentido entre los indios para quienes la gravedad de los delitos se medía por el grado en que alteraba el orden social y dañaba a los otros. Así, por ejemplo, a los dominicos en Chiapas

no se les ocurrió una mejor traducción al tzeltal de pecado que el término *mulil*, que significaba originalmente ‘placer carnal’, con lo que solo habrán hecho más deseable el pecar.

Finalmente, la idea de un alma individual e inmortal se oponía a la creencia mesoamericana de que el cuerpo aloja varias entidades anímicas, algunas de las cuales se comparten con otros seres vivos o con fenómenos atmosféricos.

Los rasgos tan peculiares del catolicismo popular mexicano y la existencia de creencias que se inscriben claramente en la tradición prehispánica y que siguen orientando las acciones de las personas, incluso más allá de las regiones indígenas, muestran claramente los límites de la llamada conquista espiritual.

Lenguas de fuego constituye una valiosa síntesis para todo estudio del pasado virreinal, pero que al



mismo tiempo está pensada y escrita para un público mucho más amplio, que podrá descubrir las complejidades del mundo indio a través de una narración clara y muy bien estructurada que desde las primeras páginas cautiva al lector. —

JUAN PEDRO VIQUEIRA es doctor en ciencias sociales por la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales de París y profesor investigador en el Centro de Estudios Históricos de El Colegio de México.



NOVELA

La ficción itinerante



Carlos Manuel Álvarez
FALSA GUERRA
Ciudad de México, Sexto Piso, 2021, 248 pp.

RAFAEL ROJAS

La nueva novela de Carlos Manuel Álvarez (Matanzas, 1989), *Falsa guerra*, se mueve hacia un territorio de mayor dificultad y experimentación formal, respecto de su anterior *Los caídos* (2018). Si aquella era una novela familiar, autobiográfica, concebida como un *roman à clef*, esta es más claramente una novela coral, que dibuja el paisaje y los vaivenes del afecto, en un tiempo marcado por la migración y la itinerancia.

La ficción está dividida en tres partes: “Vidas modernas I”, un “Interludio”, subdividido, a su vez, en dos secciones, “Berlín” y “Aldea rural”, y “Vidas modernas II”. El paso de una zona a otra es un juego con técnicas narrativas diversas, ya que en “Vidas modernas” I y II predomina la narración en primera persona, del plural o del singular, y

los diálogos breves, entrecortados, mientras en el “Interludio” la prosa es más fluida y proviene de la voz de un narrador omnisciente que cuenta en tercera persona.

“Vidas modernas” I y II poseen una estructura ambiciosa, que teje varias historias simultáneas por medio de cápsulas narrativas: “Miami Beach”, “Sospechosos habituales”, “Íntimas cartas de amor”, “El barbero de Hialeah”, “Un día en la playa”, “Ratas de cloaca”, “The Fanático’s Choice”. Estas cápsulas no necesariamente se entrecruzan, pero hilvanan una trama de múltiples personajes que, en su mayoría, recrean tipos de las más recientes generaciones de cubanos.

Técnicamente la ficción puede ser considerada, también, un *bildungsroman*, en el sentido de que la formación de la autoría y la escritura de la novela misma son parte de la trama. En una conversación con su amigo Mandy, el narrador dice que su nueva novela tiene muchos personajes y sucede en varios lugares a la vez. A lo que su amigo responde que le parece bien, que no debe buscar más, que con que todo esté “débilmente o artificialmente atado” es suficiente.

Con su autointelección de la novela dentro de la novela, Álvarez hace explícito el sentido de una trama inasible. En *Falsa guerra* se cuentan rabias, robos, asesinatos, amores y odios, pero todas esas historias están deliberadamente inco nexas, como afirmando que están ahí para traslucir una historia mayor y, a la vez, implícita, que se expresa por medio una superposición de experiencias exiliadas.

A la novela y a su autor les interesa establecer el contacto entre los personajes a partir del deslinde entre distintos tipos de exilios. Unos han vivido en la Ciudad de México, en

París o en Nueva York. Otros llegaron en balsa, por avión o cruzando la frontera de Texas. El roce de los personajes está regido por el intercambio de señas entre identidades migratorias que remiten a algún momento del éxodo cubano: el primer exilio, Mariel, los balseiros, Guantánamo.

Varios diálogos de la novela, especialmente los ambientados en Miami, denotan una autoconciencia de los exilios cubanos. Los personajes se identifican a partir de la pertenencia a una oleada migratoria y de esa localización derivan una subjetividad específica. Los diversos exilios acumulan un saber que más que un saber sobre la isla es un saber sobre las capas demográficas en las que se levanta el Miami cubano.

El verbo latino *exsilere*, que da significado a la palabra *exilium*, quiere decir saltar fuera, salir, emerger. Todos los exiliados, desterrados o no, Ovidio, Dante, Hugo, Martí, Freud, Mann, Brodsky, entendieron el éxodo como una emersión. Hugo lo puso en claro a su regreso a París, después de veinte años en las islas normandas, cuando escribió que el exilio era una “cosa moral”, más que material, que suponía “la desnudez del derecho”.

Ovidio fue deportado por Augusto a la lejana ciudad de Tomis, en Constanza, a orillas del mar Negro. Hugo debió huir del imperio de Napoleón el Pequeño, y refugiarse en la isla de Guernsey. Los exiliados cubanos, en cambio, se han concentrado, no en un puerto lejano o una isla en otro mar, sino en la orilla de enfrente. Esa localización otorga a la realidad o la fantasía del regreso un peso enorme, que atiza el nacionalismo desde las antípodas. La novela de Carlos Manuel Álvarez interpela ese

pathos, que rige la moralidad tradicional del exilio cubano. La “fragmentación ya no es una tragedia”, dice el narrador.

También interpela la ética tradicional de la disidencia o la oposición en Cuba. En la parte del “Interludio” titulada “Berlín”, un personaje que justamente se llama “El Disidente” viaja en una comitiva de la nueva sociedad civil cubana a Alemania. La narración está conducida con tanto extrañamiento o desapego que el viajero disidente queda asociado, en la prosa de Álvarez, con alguna impostura o falsedad innatas.

El diálogo del joven disidente con su guía alemán, un benefactor y promotor de la sociedad civil cubana, con pasado de izquierda en relación con América Latina —participó en las brigadas de solidaridad con la Revolución Sandinista—, podría ilustrar el escepticismo o la ética crepuscular de la nueva disidencia. Cuando el alemán pregunta al disidente en qué cree —una religión, una ideología, un partido—, el joven no sabe qué responder. El guía, sin embargo, dice “creer en el hombre”, frase atribuida al Che Guevara en La Higuera.

A propósito del malestar de su anfitrión con las manifestaciones antinmigrantes y xenofóbicas de la derecha alemana, el joven se pregunta: “¿Por qué Frank está perturbado por todo eso y él, el disidente, no? Que Frank venga de un país con un pasado fascista, responsable de millones de asesinatos en masa, y que él, el disidente, no, y que Frank pertenezca a un país poderoso, que se supone debe ocuparse de los padecimientos del mundo, y que él, el disidente, no, y que todo eso le genere a Frank conflictos y pesares, y a él, el disidente, no, ¿lo hace a Frank mejor persona que la persona que es el disidente?”

La interrogación apunta a la duda sobre el sentido de la disidencia en Cuba o, más específicamente, a la pregunta por la “cosa moral” de la oposición y el exilio. La ética crepuscular, nos dice Gilles Lipovetsky, es propia de las democracias normalizadas e indoloras del mundo contemporáneo. Pero qué hacer cuando esa misma ética no sacrificial, sin sentido del deber, indecisa, que más que rebeliones sin causas produce causas sin rebeliones, emerge en el contexto de la resistencia al autoritarismo. Esta pregunta, así de intensa y desconcertante, plantea *Falsa guerra* de Carlos Manuel Álvarez. —

RAFAEL ROJAS es historiador y ensayista. Turner pondrá en circulación próximamente *El árbol de las revoluciones. Ideas y poder en América Latina*.



RELATOS

El mito de Juan Manuel Torres



Juan Manuel Torres
OBRAS COMPLETAS.
TOMO I. CUENTOS Y
RELATOS
Ciudad de México y Xalapa,
Nieve de Chamoy/UV/IVEC,
2020, 376 pp.

PABLO SOL MORA

Hay un modesto mito alrededor de la figura del escritor veracruzano Juan Manuel Torres (1938-1980). Su parca obra —el libro de cuentos *El viaje*, 1969, y la novela *Didascalías*, 1970—, su exilio polaco, su doble vocación cinematográfica y literaria, su amistad con escritores como Sergio Pitol o José Carlos Becerra, su muerte prematura en un accidente automovilístico y su rápido olvido lo convirtieron en una figura misteriosa no exenta de atractivo: la joya

oculta, el escritor secreto, el autor injustamente olvidado reconocido solo por unos cuantos.

La publicación de sus “obras completas” va a deshacer ese mito —lo que sin duda es una ganancia para la historia literaria y mérito de su editor, José Luis Nogales Baena—, pero el crítico escéptico podría preguntarse si no le habría convenido, en el fondo, seguir envuelto en él. Porque, después de leerlas, va a ser muy difícil seguir sosteniendo que es un gran escritor relegado y que su olvido sea del todo injusto. No deja de llamar la atención, por otro lado, la noción misma de “obras completas”, en cuatro tomos (habrá otros tres: de traducciones y correspondencia, de novela y de guion cinematográfico), de un autor como Torres, que en rigor solo escribió dos libros, no del todo legibles, que cabrían perfectamente en un volumen cuya publicación no habría sido injustificable. Sobra decirlo, no todo autor amerita una edición de “obras completas” y la idea de que pudiera ser el caso de Torres solo puede concebirse desde la piedad académica. En la academia literaria somos capaces de rehabilitar o rescatar a quien sea. No importa cuán menor haya sido el escritor, siempre se podrá utilizar el consabido argumento: “Bueno, quizá no era un gran autor, tal vez ni siquiera bueno (la verdad era más bien malo), pero forma parte de la historia literaria de su época...” Pues sí, con ese argumento se salva todo el mundo, pero, como escribió el también olvidable Herbert Quain, una cosa es pertenecer al arte (o la literatura) y otra a la mera historia del arte.

El viaje, núcleo de este volumen, consta de cuatro cuentos (no incluyo la minificción de cinco líneas que lo encabeza), fruto de la experiencia del autor en Polonia en una

época en que este país era un destino más bien exótico para un mexicano (Torres fue acaso el primero de nuestros escritores polonófilos, hecho que lo honra, lector y traductor pionero de autores como Schulz o Gombrowicz). No carece enteramente de virtudes. Tiene dos que podrían considerarse cuentos interesantes: “En el verano” y, sobre todo, “El mar”, que con razón han privilegiado las antologías que se han acordado de Torres, historias de una atmósfera tristona y cosmopolita en la que los protagonistas se esfuerzan vanamente por alcanzar una plenitud que los elude. Y eso es todo. Después están “Para no despertar”, un experimento desafortunado, y “El viaje”, la gran apuesta —fallida— del libro, un relato caótico y plagado de ocurrencias que pretende dar cuenta de un amor imposible y causar la impresión de transcurrir entre la vigilia y el sueño, pero que se diluye en el mero desorden, aderezado con estampas sadomasoquistas, citas bíblicas y la simpática irrupción de unos guerrilleros peruanos.

Desastre parecido, pero a mayor escala, ocurrió a Torres con *Didascalias*, una de esas antinovelas que pulularon en los años sesenta y setenta y con la que el lector podrá castigarse en el tercer volumen de estas obras completas. En alguna ocasión me tomé la molestia —no es un decir— de leerla en su edición original, publicada por Era en 1970 y comprensiblemente jamás reeditada. No hay manera (y confieso que cuando me acerqué a ella por primera vez, atraído por el mito de Torres, lo hice con benevolencia, deseando que me gustara, queriendo “descubrir” a un autor). La idea es hasta interesante: una novela volcada sobre sí misma, autorreflexiva, que se va cuestionando conforme se va haciendo. El problema es la

ejecución. Lo vio meridianamente Carlos Monsiváis que, en una carta a Pitol citada por el editor de Torres, sentenció: “El libro es fallidísimo: Juan Manuel quiere escribir, tiene una gran vocación literaria, pero no posee ese mínimo instrumental que han dado en llamar lenguaje. Es el quiero y no puedo.” Hay un cierto aire de familia entre *Didascalias* y otras novelas contemporáneas, digamos *La obediencia nocturna* (1969) de Juan Vicente Melo y *El tañido de una flauta* (1972) de Pitol, pero si estas, que no han envejecido del todo bien, logran salvar cierto experimentalismo fallido en virtud del talento de sus autores, *Didascalias* potencia los defectos.

Uno de los aspectos más curiosos de la trayectoria de Torres es, por cierto, su relación con Pitol. Mientras lo leía no podía dejar de pensar en una frase de Faulkner que aquel usó como título de uno de sus relatos, “El oscuro hermano gemelo”. Ambos se refieren a la novela, pero yo la pensaba en un sentido distinto, pues hay escritores que parecen tener “oscuros hermanos gemelos”, parientes pobres a los que no les fue tan bien, pero cuya familiaridad es innegable. De orígenes veracruzanos, compañeros generacionales, amigos íntimos, narradores, la relación Pitol-Torres parece un poco así, la del escritor con talento y fortuna con el que no tuvo ni uno ni otra, pero el asunto es más complejo, como ha estudiado Nogales Baena. Torres fue primero a Polonia; fue él quien contagió a Pitol su polonofilia y quien le presentó autores como Schulz o Gombrowicz. Se dedicaron libros y se hicieron personajes uno al otro de sus respectivas obras. En algún punto pudo haber parecido que estas avanzaban en paralelo, pero pronto una de ellas se enredó, se

estancó y paró en nada, mientras que la otra continuó un largo proceso de maduración hasta alcanzar la plenitud. El capítulo final es de sobra conocido: Pitol se convirtió en un escritor consagrado mientras que el pobre Juan Manuel, muerto temprana y trágicamente, se fue hundiendo en el olvido.

Ahora no faltará un alma más caritativa que la del crítico que afirme que estas obras completas vienen a rescatarlo de ese injusto abandono y a restituirlo al lugar que se merece, pero me temo que esto no pasaría de ser una franca exageración o una mentira piadosa. La melancólica verdad es que, en literatura, no todos los olvidos son inmerecidos. Fin del mito. —

PABLO SOL MORA es escritor, crítico literario y director de la revista *Crítico*. En 2020 la Universidad Veracruzana publicó su libro *Diccionario Vila-Matas*.



RELECTURA

Conciencia crítica



Danubio Torres Fierro
CONTRAPUNTOS. MEDIO SIGLO DE LITERATURA HISPANOAMERICANA
Ciudad de México, Taurus, 2016, 336 pp.

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ

Afirma Danubio Torres Fierro que al entrevistar (*Contrapuntos* reúne treinta conversaciones con escritores —poetas y narradores— hispanoamericanos) “también se entrevista a sí mismo”. No es por ello disparatado tratar de extraer de este conjunto de conversaciones literarias un retrato del propio Torres Fierro.

Uruguayo, exiliado por la política tumultuosa de su patria en los años setenta, Danubio Torres Fierro recaló venturosamente en México. Fue por breve tiempo secretario de redacción de la legendaria *Plural* de Octavio Paz y en los años ochenta lo fue también de la *Revista de la Universidad* en el periodo en que la dirigió Julieta Campos. Vivió algún tiempo en Barcelona antes de volver definitivamente a México. Fue en *Plural* donde conoció y frecuentó a la mayoría de los autores que agrupa *Contrapuntos*. El momento no podía ser más propicio. Era la época del *boom*: talento, oportunismo político y mercadotecnia conjugados. Una docena de buenos narradores asociados al todavía vigente fulgor de la Revolución cubana.

Contrapuntos es la versión ampliada de *Memoria plural* (1986), libro que reunió la mitad de las entrevistas que conjunta este libro. Entre las novedades que incluye *Contrapuntos* destaca la larga entrevista con Gabriel García Márquez (que es la que abre el libro, para subrayar su importancia). Afirmo Torres Fierro en su prólogo que los escritores del *boom* representan “una suerte de conciencia moral de América Latina”. La entrevista con García Márquez echa por tierra esa afirmación contundente. Es una lástima que en la introducción de la entrevista Torres Fierro no brinde detalles de la misma. En el momento en el que la hizo se desempeñaba como secretario de redacción de *Plural*. Paz convino con García Márquez la entrevista y envió a Danubio a realizarla. Una entrevista extensa, rica en detalles. La entrevista, sin embargo, nunca apareció en *Plural*. En su libro sobre esta revista, el investigador John King sostiene que no se publicó porque la entrevista llegó después del cierre de la edición. Una

explicación difícil de creer: hubiera aparecido en el siguiente número. No es difícil adivinar por qué Paz decidió no publicarla: a pesar de que García Márquez le advirtió a Torres Fierro que no hablaría de política, sí habló de política, sobre todo de Cuba. Confesó García Márquez que preparaba un libro sobre Cuba. “No eludiré nada”, dice, “mi libro será crítico”. Se refiere a los presos políticos en Cuba, “unos ochocientos”, reconoce. Afirmo terminantemente que “no existe la tortura, que el nivel de los contrarrevolucionarios es tan bajo y su estructura moral tan frágil, que tan pronto como se saben descubiertos prefieren soltar todo lo que saben”. Claro, los presos políticos, antes de la tortura, lo confiesan todo por su frágil “estructura moral”. Una afirmación tan inmoral, sostenida por un autor extraordinario que era también un sinvergüenza, no tenía cabida en *Plural*. ¿Por qué Torres Fierro no contó esa historia si pretendía que *Contrapuntos* “aspirara a ser una memoria coral”? En vez de arrojar alguna luz en su introducción, se limita a decir que *Cien años de soledad* es una obra “tocada por el rayo divino”. La entrevista no se dio a conocer hasta 2016.

A la conversación con García Márquez le sigue la de Paz, no menos interesante. García Márquez decía que él escribía para que lo quisieran. A la pregunta de si le gustaría ser un escritor aceptado por todos, Paz responde: “sería la muerte en vida”. Prefirió ser siempre un escritor incómodo. Paz, en la entrevista, hace diversas profecías. Pronosticó la pronta paz en Medio Oriente; falló. Dijo que el derrumbe de la URSS sería el “comienzo de una era de sangrientos disturbios mundiales”; también falló. La profunda miopía de algunos críticos de Paz los ha llevado a decir que en ese entonces (principios

de los noventa) había abrazado el neoliberalismo. En la entrevista con Torres Fierro, Paz hace una muy dura condena al individualismo y al culto por el dinero, “profundos males psíquicos y morales” de nuestro tiempo. Profetizar hechos históricos es una labor ingrata. Carlos Fuentes le dice a Torres Fierro, respecto al TLC —en ese momento en negociación—, que el gran peligro del tratado era que entre México y Estados Unidos se crearía una vasta zona de pobreza que terminaría por separarlos definitivamente. No solo no ocurrió así sino que esa franja fronteriza se caracteriza por su gran dinamismo económico.

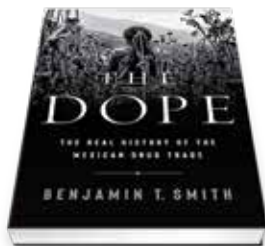
Sería injusto reducir el libro de Torres Fierro a las opiniones políticas de sus entrevistados. *Contrapuntos* ofrece un retrato contradictorio de la literatura hispanoamericana de su tiempo: los años setenta y ochenta. Ofrece asimismo la visión de un entrevistador agudo e informado. No se trata de una memoria del *boom*, una etiqueta cada vez más gastada. “No creo en corrientes ni nada de eso”, le dice Adolfo Bioy Casares. El hecho de que en una docena de países hayan aparecido cinco, seis o diez escritores de peso no significa que haya surgido una generación. “La aparición de gente es azarosa”, dice Juan Benet.

Contrapuntos es mucho más que eso. Un conjunto de individualidades. Una treintena de narradores, poetas y ensayistas hispanoamericanos nos hablan de sus libros, de sus planes, de sus caprichos. Al entrevistarlos Danubio Torres Fierro se entrevistó a sí mismo, ¿qué encontró? Una literatura viva, contradictoria y por ello más pujante, una conciencia crítica sobre el lenguaje. —

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario. Mantiene una columna en *El Financiero*.

LIBRO DEL MES

HISTORIA



Benjamin T. Smith
THE DOPE. THE REAL HISTORY
OF THE MEXICAN DRUG TRADE
Nueva York, W. W. Norton &
Company, 2021, 464 pp.

Estado y narcotráfico: vidas cruzadas

CARLOS MATIENZO

En 1914 México vio ascender al poder a quien sería su primer traficante de drogas en la frontera norte. No se trataba de un capo, sino de un político: era el primer gobernador de Baja California, Esteban Cantú, quien durante su mandato logró financiar la transformación de ese estado, hasta entonces inhóspito, a partir de las ganancias obtenidas por el trasiego de drogas hacia Estados Unidos. Este episodio, que ilustra la manera en que la formación del Estado mexicano después de la Revolución es inseparable de la historia del crimen organizado, se puede encontrar en el libro *The dope*, del historiador británico Benjamin T. Smith, un esfuerzo que relata los lazos entre el mundo de la política y el de las drogas.

La travesía historiográfica de Smith comienza en el porfiriato. Nos lleva a los puestos callejeros de las curanderas indígenas donde se vendía marihuana y a los primeros pánicos antinarcóticos, hasta llegar al *hype* de la marihuana sin semilla, la favorita los *hippies* estadounidenses. Transita también por la llegada del opio a México con los migrantes chinos, para luego ver el nacimiento de las primeras familias de exrevolucionarios que innovaron con el cultivo de esta planta en el “Triángulo Dorado”, una actividad luego perfeccionada por sus descendientes del “Cártel de Guadalajara”. El libro explora rutas poco estudiadas del tráfico de drogas, como la de la heroína proveniente de Francia,

y retoma otras más mencionadas como la de la cocaína colombiana. Es también la historia del involucramiento de los gobiernos mexicanos, en sus distintos niveles, como parte activa del negocio. Y también de las campañas antinarcóticos impulsadas por Estados Unidos; nos lleva de la Guerra Fría a la guerra sin cuartel contra y entre el crimen organizado.

El autor emplea una narrativa atractiva, alejada del árido lenguaje academicista que suele preocuparse más por demostrar la solidez de las investigaciones que por contar una historia. *The dope* conecta un sinnúmero de fuentes documentales con relatos y anécdotas que permiten trazar la historia del narcotráfico en México a partir de la de sus narcotraficantes. Retoma trabajos emblemáticos como los de Luis Astorga, pero abona y profundiza: arroja luz sobre periodos hasta ahora perdidos, particularmente de mediados del siglo xx, y construye pequeñas biografías de personajes olvidados como el doctor Leopoldo Salazar, el encargado de la política de drogas de Lázaro Cárdenas que casi logra acabar con el prohibicionismo.

Hay tres tesis centrales que sostienen el libro. La primera es que el negocio del tráfico de drogas no siempre fue el de los llamados cárteles ni estuvo marcado todo el tiempo por la violencia. Inició más bien como una actividad de clanes familiares que, de hecho, no competían entre sí. Si algo caracterizó al narcotráfico durante la primera parte del siglo xx fue la colaboración mucho más que la confrontación. En consecuencia, Smith pone en tela de juicio la visión tradicional que percibe como inevitable la relación entre violencia y narcotráfico.

La segunda tesis sostiene que las “redes de protección” constituyeron el centro de las disputas que existieron. Es decir, la lucha por quién controla el territorio y permite que las actividades criminales ocurran. Durante la mayor parte del siglo xx, el Estado mexicano manejó esas redes de protección, a fin de obtener recursos del crimen tanto para financiar instituciones como para engrosar los bolsillos de sus funcionarios. Pero, contrario a lo que muchos creen, esa red de protección no siempre fue estable o centralizada durante el priismo. De hecho, las disputas gubernamentales (y no las criminales) habrían sido el principal motor de la violencia, misma que estallaba cuando, por ejemplo, los gobernadores arrebataban el control criminal a los alcaldes o a sus predecesores; o cuando la Policía Judicial Federal tomó el control de las “plazas”, que más tarde quedarían en manos de la Dirección Federal de Seguridad. Muchos de esos

LIBROS

76

LETRAS LIBRES
OCTUBRE 2021

especialistas de la violencia saltaron del gobierno al crimen organizado. Y luego, en el periodo de la transición democrática, los papeles cambiaron: los criminales “capturaron al Estado” ante la pulverización del poder político y el incremento de las ganancias del mercado de las drogas.

El tercer elemento central del libro es que la fuerza que ha determinado la mayor parte de los cambios en el mercado y las políticas de drogas en México ha venido del exterior. El relato muestra que los narcotraficantes han sido particularmente responsivos e innovadores frente a los gustos cambiantes de los consumidores norteamericanos. También profundiza en algo de lo que no se habla tanto en el país vecino: que las políticas punitivas promovidas por Estados Unidos han tenido un trágico efecto en México. Gran parte de las campañas antinarcóticos de nuestro país se han aplicado a regañadientes (pues las corporaciones mexicanas se beneficiaban de los mercados ilícitos) y han generado tres efectos nocivos: primero, la expansión de prácticas como la tortura y la desaparición forzada con el aval de las autoridades estadounidenses; segundo, el rompimiento de las redes de colaboración entre narcotraficantes, que han sido orillados a traicionarse y competir para no ser víctimas de la coerción gubernamental; y, finalmente, el aumento de los precios de las drogas, lo que ha permitido que el negocio siga siendo atractivo.

Acaso uno de los reproches que se puede hacer al libro es que dirija su batería crítica hacia la hipocresía de las autoridades y los consumidores estadounidenses y, por momentos, parezca un tanto complaciente con México por su fatal vecindad. Me atrevo a especular que, al momento de escribirlo, el autor tenía en mente al lector norteamericano y no tanto al mexicano. Un hecho evidente es que presta menos atención a lo que sucede a partir de los años noventa y, particularmente, a las últimas dos décadas de este siglo, justamente cuando el drama mexicano se explica más por las decisiones tomadas de este lado de la frontera que por las presiones del exterior.

El mismo espíritu crítico del libro debería impulsar a los lectores mexicanos a hacerse preguntas incómodas. Por ejemplo, cuando Smith menciona que la enorme demanda de drogas encontró en la desesperación del campo mexicano su gran fuente de oferta, valdría la pena cuestionarse por qué sucedió de ese modo: ¿cuál es el rol que ha jugado el ejido como un sistema dominante de tenencia de la tierra que, en general, inhibe el capitalismo y genera un espacio

fértil para el narcotráfico? ¿Cómo es que nuestro campo parece regirse, en algunos casos, bajo una especie de sistema feudal, pero ahora en manos del crimen organizado?

Respecto a la violencia criminal, Smith asegura que está incentivada por la acción punitiva del Estado, pero esa interpretación no alcanza para explicar la violencia reciente: actos atroces, que llegan hasta el canibalismo, se han vuelto prácticas culturales entre quienes participan en el negocio de las drogas. ¿Qué hacer con ese legado de sociopatía acumulada en México? ¿Qué nos dice de nuestra propia sociedad?

La otra crítica que se le puede hacer al libro es sobre un tema que en realidad toca muy brevemente: el de la administración de Andrés Manuel López Obrador, a la que ve con cierta indulgencia. De nuevo, debido a que para Smith es la acción punitiva del Estado lo que estimula la violencia criminal, el autor parece esperanzado en que la política de “abrazos, no balazos” pueda desincentivar las confrontaciones. Sabemos que no ha sido así: en buena parte de las regiones con presencia de organizaciones criminales la violencia sigue en aumento. La militarización se ha profundizado y con ello la falta de vigilancia sobre las acciones punitivas. Los municipios han sufrido un debilitamiento financiero, particularmente en materia de seguridad, lo cual no abona a revertir la “captura del Estado”. Los conflictos entre grupos criminales persisten. La austeridad excesiva y la fallida política social de este gobierno tampoco han resuelto las causas estructurales que permiten la expansión del crimen. Menos se puede decir que haya un viraje en la actitud conservadora frente al consumo de las drogas.

Bien harían los encargados de la política de seguridad actual —y quienes pretenden serlo en el futuro— en leer este libro y mirarse en el espejo del pasado. También sería provechoso para académicos y estudiantes de historia, no solo de la seguridad, sino del sistema político mexicano. Su principal virtud, además de los grandiosos hallazgos que contiene, está en su estilo narrativo que lo asemeja a una gran novela. Aquellos fanáticos de series televisivas como *Narcos* tienen aquí la oportunidad de saltar a una historia más auténtica, formativa e intrigante que la de los policías y ladrones que se cuenta en la pantalla chica. Y es que la realidad descrita por Smith, nuestra realidad, francamente supera a la ficción. —

CARLOS MATIENZO es politólogo por la UNAM y tiene un máster en seguridad internacional por la Universidad de Columbia en Nueva York.